

En mis *oraciones* me imagino hallarme junto á Jesús y le oigo decirme: «Todo cuanto pidieres á mi Padre en nombre mío, te será concedido.» Y procuro recoger mi espíritu con el recogimiento que El empleaba, y gusto de repetir algunas palabras de las que El decía: «Padre mío, hágase tu voluntad y no la mía. Padre nuestro, danos hoy el pan de cada día. Padre mío, que todos te conozcan y te amen.»

En mi *trabajo manual* pienso en las acciones, algunas veces parecidas á las mías, que hacía Jesús.—Hacia cuanto se le pedía, y lo hacía bien.—Abandonaba lo que estaba haciendo tan pronto como era llamado, y luego volvía á comenzar el trabajo; no se dolía ni de lo largo de la tarea, ni de su monotonía, ni de si era difícil; no vacilaba (El que lo sabía todo) en preguntar á san José ó á la santa Virgen: «¿Cómo se hace tal cosa?» Y seguía con exactitud los consejos que se le daban.

En mis *penas* le llamo y espero; sé que está allí, aun cuando nada me diga; no tengo miedo: El cuidará de que el mal no me atormente con exceso, que el cansancio no agote mis fuerzas, que la tentación no me haga sucumbir..... Le invoco: sé que vendrá á tiempo, y aun llorando y gimiendo algunas veces, continuo mi trabajo, mi rezo, mi vida ordinaria.

En los *afectos* que permite la Providencia me acerco á El, y si no le hallo junto á mí, acudo á buscarle..... Le encuentro en los brazos de la Santísima Virgen, que me lo entrega siempre después de una decena de rosario rezada piadosamente; le encuentro entre mis

hermanas, sobre todo durante la oración, pues por algo ha dicho: «Allí donde dos ó tres personas estuvieren reunidas en mi nombre, estaré con ellas.» Le encuentro en la casa de Nazareth trabajando con sus manos, y viene á mí si como El trabajo; le encuentro en la cruz, y *el camino de la cruz, el via crucis* que hago en la capilla, me le da con la tranquilidad, el descanso, la paz, la resignación; le encuentro, en fin, en la santa Comunión, y entonces le digo:—¡No me abandonéis, no me abandonéis!

En mi *sueño* pienso en Jesús entregándose al descanso, y le veo durmiendo con sueño apacible, inocente, tan pronto en los brazos de María, tan pronto en la barca agitada por la tormenta ó en el pesebre de Belén, y le digo:—¡Oh Jesús, yo también anhele reposar en paz como Vos, pero quiero que mi corazón vele siempre; quiero que durante mi sueño cada aliento sea un suspiro de amor; quiero que al despertarme sea mi primera palabra: Os amo, Jesús! ¡Ah, cuán dulce es el día, unida de esta suerte á Jesús!

CAPÍTULO VIII

PRUEBAS DEL NOVIADO

Probar es ensayar si una persona ó un objeto son realmente lo que parecen ser, ó si pueden ser empleados en aquello para que se considera que pueden servir.

Por eso á un *punte* tendido sobre un río se le carga un *peso* muy superior al peso que tendrá que soportar en lo sucesivo. Si resiste aquel peso extraordinario, es seguro que resistirá mejor el que ha de resistir ordinariamente. Así se *prueba* el *punte*.

Antes de confiar á un obrero un trabajo delicado, se le pide que muestre una labor tan difícil ó más delicada que haya hecho anteriormente. Así se *prueba* al obrero.

Destinada al *servicio de Dios* y á una dignidad más elevada aún, la de *esposa de Jesucristo*, y al punto de contratar la alianza divina, ¿no es de completa justicia que no se os acepte sino hasta después de haberse asegurado de que poseéis las cualidades que esa dignidad exige?

El noviciado es algo así como vuestro *aprendizaje*; se os ha indicado los defectos de que debíais corregiros, las virtudes que debierais poseer para llegar á desposaros con Jesucristo; ¿no es justo que las personas á quienes Dios ha confiado el cuidado de vuestra *formación* examinen si pueden presentaros dignamente á vuestro Esposo? ¿Si tenéis el valor, la paciencia, la fuerza, la sumisión que exige?

Por eso han de probaros.

Las pruebas son los diferentes actos interiores y exteriores, de ordinario penosos para la humana naturaleza, que se exigen en el noviciado para asegurarse del grado de fortaleza y de paciencia á que ha llegado la novicia, y al mismo tiempo para acabar de destruir los restos de sus defectos.

I

Fuentes de las pruebas.

Las pruebas vienen de Dios, de la maestra de novicias ó de las compañeras.

1.º—PRUEBAS QUE VIENEN DE DIOS (1)

Puede decirse, en general, que Dios *prueba* menos á las novicias que á las religiosas; hablaremos en nuestro libro destinado á las *profesas* de las diferentes pruebas por las cuales Dios hace pasar á las almas que destina á una elevada perfección; pruebas á veces terribles que la pobre novicia, sin experiencia todavía, no podría soportar acaso.....

De ordinario Dios comienza por atraerse las almas por el afecto, y una vez que han disfrutado la felicidad de ser amadas por El, y de amarle, es cuando comienza á purificarlas poco á poco y á hacerles experimentar las transformaciones que juzga necesarias para su gloria y su salvación.

(1) No tiene Dios ciertamente necesidad de probarnos: sabe bien lo que somos y lo que valemos; pero nosotros tenemos necesidad de ser probados, para saber de lo que somos capaces por la gracia y cuán débiles somos por nosotros mismos. Lo que es en concepto nuestro una prueba, no lo es para la inteligencia divina; pero aun hablando de la Divina Majestad, nos vemos obligados á servirnos de las mismas expresiones que cuando hablamos de los hombres.

Por eso el noviciado tiene, de ordinario, algo tan dulce, tan apacible, tan puro; la obediencia se practica tan bien; la dirección se señala con tal sencillez; Dios se muestra tan bueno al tierno corazón de la novicia, tan lleno de buena voluntad, que puede, sin exageración, decirse: *El noviciado es el más hermoso período de tiempo de la vida religiosa.*

Dios derrama sobre él particular bendición, como derrama el rocío sobre la planta tierna que lo necesita para tomar raíces.

Hay, á no dudar, en el noviciado *horas de malestar*; ya es que la oración no nos atrae; ya la comunión no ofrece consuelo; bien es la superiora ó el confesor los que nos han parecido un tanto severos; ora una humillación nos parece insoportable, bien una carta esperada tarda á llegar.

Hay *horas de temor*: no se llegará nunca á ser discreta como conviene; nunca podrá ser útil nuestro concurso, etc.....

Hay *horas de decaimiento*: ya no se puede más; no se nos comprende; no se nos aprecia; no se consigue éxito alguno, todos nos abandonan..... Pero éstas son ligeras nubes, y una frase de la superiora, á quien la novicia confía sus penas, las disipa y le devuelve la tranquilidad.

2.º—PRUEBAS QUE PROCEDEN DE LA MAESTRA

La maestra de novicias debe probar con frecuencia á aquellas que le han sido confiadas. «Que funde en ellas virtudes sólidas—dice san

Francisco de Sales,—y que las ponga suaves como un guante; que las despoje y las limpie del todo, contraiendo á cada momento sus inclinaciones, su criterio y su voluntad; que les ensanche el corazón arrancándoles las pequeneces, los sentimientos de excesiva ternura, la indolencia, que suelen embastecer ó debilitar el espíritu, principalmente de las jóvenes; he aquí las mortificaciones provechosas que debe hacer que practiquen de continuo durante el noviciado, y todo esto dejándose llevar del espíritu de amor á Dios.»

«Sabed, pues, queridas hijas mías—añade el amable Santo,—que si el grano de trigo que cae al suelo no muere, será siempre un solo grano, pero al fermentar bajo la tierra volverá multiplicado. La palabra del Señor en este punto está perfectamente clara. Por consecuencia, vosotras, las que pretendéis el hábito, como aquellas que pretenden la santa profesión, considerad más de una vez si tenéis resolución bastante para morir en vosotras mismas y vivir solamente para Dios. Pesad bien los obstáculos; hay tiempo suficiente para pensar en ello antes que se hayan convertido en negros vuestros velos; porque, os lo advierto, queridas hijas, y no puedo ni quiero agradaros: *Quien deseara vivir con arreglo á la naturaleza*, que continúe viviendo en el mundo; y los que se hubieren determinado á vivir conforme á la gracia, vengan á la vida de religión, la cual no es otra cosa que *una escuela de abnegación y mortificación de sí mismas*. Por esto veis que os provee de diversos medios de mor-

tificación, tanto interior como exteriormente.»

No podemos pasar á referir detalladamente las pruebas que puedan ser impuestas, pero es preciso que la novicia sepa bien que nunca es el capricho, ni la mala intención, lo que mueve á su maestra ó á su superiora; tiene por fin (y ése es su deber) que asegurarse de si la novicia ha realizado algún progreso en cuanto *al espíritu y en las virtudes del noviciado*, de que hemos hecho mención, y que su objeto consiste principalmente en *quebrantarle la voluntad*.

Unas veces se hará reemplazar, para la vigilancia y para los permisos triviales, por una de las novicias, la menos instruída, á fin de ver cómo se conducen, con respecto á ella, las novicias más instruídas.

Otras veces investirá de las facultades de maestra de labores á una postulante que acaba de ingresar en el convento, con recomendación particular de no detenerse en obligar á las novicias á deshacer la labor una vez terminada si dejase algo que desear.

Si advierte que una novicia prefiere con relativo exceso el estudio, y muestra en cambio repugnancia al trabajo manual, le prohibirá, por espacio de algún tiempo, toda especie de lectura, aplicándola, por el contrario, á remendar ropas.

¿Muestra alguna ó mucha afición á los rezos? Pues entonces elegirá el momento en que llegue la hora del rezo por el que más predilección tenga la novicia para enviarla á barrer una habitación, á trabajar en el jardín ú otra ocupación semejante.

Pedirá con frecuencia el detalle de su meditación del día, ó el número de actos de renunciación ejecutados, á la hermana en quien advirtiere falta de sinceridad.

Colocará una hermana en quien notare una natural antipatía junto á la compañera á quien no profesa afecto alguno, y la obligará á trabajar con ella, á rezar á su lado, á pasar la hora de recreo en su compañía.

Obligará á comenzar por dos ó tres veces una obra que se hace á disgusto, para que se experimente éste hasta un grado superior al que se creía soportable.

Obligará á la novicia de carácter altivo ó altanero á pedir todos los permisos menores á aquella de las hermanas para quien hubiere mostrado un sentimiento más cercano al menosprecio.

Afectará en ocasiones no ver, con el fin de no tener que alabarla, la labor que se le presente con el objeto de obtener un elogio.

Pasará en ocasiones varios días sin hablar á la novicia que por un afecto muy natural desea verla y quiere estar siempre á su lado.

Obliga á veces á hablar de Dios (sobre tema prefijado), y delante de sus compañeras, á una hermana que aparente mayor grado de vida interior que las demás, enseñándola luego algo de lo que sabe.

Advierte impensadamente á una hermana que ha recibido una carta para ella y que se la entregará pasados ocho días.

Hará recitar los rezos en alta voz, con más frecuencia que á las demás, á aquella que por

mala costumbre se equivoca ó los dice con exceso de precipitación.

Hará llevar un calzado más tosco y de más fea hechura á la que mostrare afectación en el modo de andar.

Empleará con preferencia, en las ocupaciones de la cocina, de la limpieza de la casa ó en otros trabajos propios de los sirvientes, á las que tuvieren tendencias á estimarse en más que á sus compañeras.

No calificamos con el nombre de pruebas á los castigos impuestos como correctivos de una falta. Las pruebas impuestas por la maestra no son en algún concepto *merecidas* los castigos; lo son siempre, ó al menos la superiora lo juzga así; no se convierten en pruebas para la novicia sino cuando ésta ve claramente no haberlos merecido y que pecan de exagerados, pero en ese caso debe aceptarlos y cumplirlos como pruebas propiamente dichas.

3.º—PRUEBAS QUE VIENEN DE LAS COMPAÑERAS Y DE LA REGLA

El espíritu de caridad reina, á no dudar, en las comunidades, particularmente en los noviciados; mas, á pesar de esto, la diferencia de caracteres, la susceptibilidad, las prevenciones, la envidia, inherentes á la naturaleza y condición de algunos temperamentos, son casi de continuo una ocasión de ligeros sufrimientos.

Claro es que la regla no impone obligacio-

nes superiores á la fuerza ordinaria del organismo; esas obligaciones, por lo demás, nos son conocidas, se han estudiado y ha podido uno convencerse de que no tenían nada de excesivamente penoso; sin embargo, hay días en que la regla pesa atrozmente, y hay momentos en que se siente uno mortificado por el deseo de abandonar aquella carga.

«No me forjo ilusión alguna respecto al género de vida que deseo adoptar—escribía una jovencita que llevaba largo tiempo preparándose para entrar en la Trapa;—espero más de una dificultad, más de una tentación, y no me ha venido jamás á la imaginación la idea de un paraíso en la tierra. Digo más: si hubiera alguno, no lo aceptaría á ningún precio.

»Satisfacer en tanto cuanto se puede la justicia de Dios, reconocer sus innumerables beneficios y ofrecerle testimonio de mi reconocimiento y de mi amor por el trabajo, la oración, el sufrimiento....., no ambiciono otra cosa. La divisa del P. de Ravignan: *combatir* ó *sufrir* es mi punto de mira.

»Habrà en el convento molestias, como por doquiera. Se hallarán principalmente en el trato con las hermanas, lo presumo; pero espero que el Señor ayudará mi flaqueza y me permitirá que soporte á las demás, que también estarán obligadas á tolerarme á mí.»

«¿Sabéis lo que es un monasterio?—escribe san Francisco de Sales.—Es la academia de la corrección exacta, donde toda alma ha de aprender á dejarse desbistar, trabajar y pulir, á fin de que, estando bien lisa, pueda ser apro-

ximada, unida y ensamblada á la voluntad divina.»

Todo eso se hace en el noviciado. ¡Oh, dichosas las novicias dóciles, sencillas, pacientes, que se dejan *desbastar, trabajar y pulir!* ¡Qué vida de santidad y de unión con Dios se disponen!

II

Manera de soportar las pruebas y los castigos.

Es preciso soportar las pruebas que tienen la bondad de hacernos experimentar:

I.º—CON GENEROSIDAD

Evitando dejarse llevar del arrebató tras una corrección que no se tenga por merecida ó de una prueba cuyo alcance no se prevé, del fastidio, de la tristeza, de la turbación, del decaimiento, de la burla ó de cualquiera de los delirios que, haciéndose dueños de la imaginación, obligan á derramar lágrimas, y sólo nos permiten parar la atención en ridículas minucias..... (1).

(1) Una novicia sin fuerzas ya para resistir, fué al encuentro de la superiora, y, luego de haberle referido sus penas, añadió: «No vengo para decir que *no quiero* proseguir la lucha, sino para contar sencillamente *lo que sufro.*»

La superiora, que conocía cuánta generosidad se encerraba en aquella alma, repuso un tanto ásperamente: «En verdad, hermana, que si no ha venido aquí para *sufrir,*

No es cosa que se alcance sin sacrificios la santificación.

Y en prueba de ello veamos lo que hacía, para corregirse de su defectos, el P. Lacordaire, provincial, por entonces, de los padres dominicos:

«Un día, el hermano lego encargado del servicio del refectorio fué causa de un notable retraso. El padre, que jamás hacía esperar á nadie, gustaba de que los demás tuvieran la misma exactitud. El lego no llegaba, y el padre no pudo reprimir un movimiento de impaciencia que se delató en su rostro. Por la tarde, cuando estuvo libre, fué al encuentro del hermano sirviente, le confesó su falta de rodillas, le pidió perdón y le rogó *que le abofeteara* por merecerlo, y que le despidiera con los más injuriosos epítetos.» Este es un hecho entre ciento de igual clase, dice el autor de *La vida de Lacordaire*. «En el convento de París—añade,—su puerta, á las horas de recibo, se veía asediada por numerosas visitas, todas las cuales no le eran igualmente agradables. Un día manifestó á su confesor que había una cosa á la cual no había podido habituarse todavía, que era á verse interrumpido en el trabajo.» «Cada vez que llaman á mi puerta—añadió,—

las cosas cambian de aspecto, y puede marcharse desde luego....» «Con tales palabras—decía algún tiempo después la novicia, ya profesada,—*todo está dicho y se cobra valor para proseguir.*»

¡Felices las casas de religión donde así puede hablarse y donde de ese modo se comprende lo dicho!

no puedo dominar un primer movimiento de contrariedad. Quisiera corregirme de ese defecto, y para esto, si os parece bien, podéis entrar en mi celda á todas horas sin llamar previamente. Si echáis de ver en mi cara el más ligero signo de contrariedad, me aplicáis las disciplinas.

»—Bien, padre, así lo haré.»

Y aquel mismo día, para someter á prueba á su penitente, entró repentinamente en la celda.

Lacordaire se puso de rodillas:

«—Pegad, padre mío.

»—¡Pero si no he visto nada que denotase impaciencia!....

»—Vos no la habéis visto, mas yo la he sentido.»

¿Qué os parece esa verdadera valentía?

Añadámosle una página más consoladora y animosa.

«—Es preciso—decía una maestra de novicias á una de sus queridas hijas espirituales,—es preciso, toda vez que queréis correjros de vuestro amor propio, que obremos de común acuerdo y que sigáis los consejos que voy á daros. De tiempo en tiempo os corregiré en público, reprendiéndooos por cosas que no serán faltas propiamente dichas; os avisaré de antemano, y así, sabiendo que no lo hago sino por acostumaros á vencer el amor propio, os costará menos trabajo; os impondré á la vez algunas penitencias, y veréis cómo, poco á poco, sufrís la corrección con humildad. ¿Queréis?

»—¡Oh, sí, madre; sí!

»—Bien. Comencemos desde esta tarde.....;

pero no os alarméis: tendré en cuenta vuestra delicadeza. Cuando estemos esta tarde en la conferencia, y en tanto que yo esté hablando, miradme un momento cara á cara; os reconveniré, reprochándoos por falta de modestia, os diré que sois desordenada y os mandaré besar el suelo.... Después me daréis cuenta de lo que hayáis sentido.»

Todo pasó como estaba concertado.

Al día siguiente, la novicia se presentaba ante la madre:

«—¿Qué tal, hija mía?—dijole, tendiéndole los brazos.

»—¡Ah, madre—respondió la novicia,—si hubierais podido ver mi alma, cuán orgullosa la hubierais hallado! ¡Dios mío, cómo temblaba yendo á la conferencia! Y cuando empezasteis á hablar, ¡cómo me palpitaba el corazón!.... Me decía á mí misma: ahora, al momento, tengo que mirar á la maestra, que va á regañarme delante de todas. Vacilaba; luego, alejando todo temor, invoqué á la Virgen y me determiné á obrar. Después casi no tuve que hacer esfuerzo, y aunque me hubieseis regañado mucho más fuerte, aunque la penitencia hubiera sido más humillante, la hubiese cumplido con bonísima voluntad; al retirarnos sentí una alegría como nunca la había experimentado.

»—Bien, bien, hija mía; volveremos á hacerlo otras veces, ¿no es así? Y luego habrá que *marchar sola*.... No os haré nuevas advertencias, pero Dios estará á vuestro lado y en poco tiempo sabréis mostrar calma en cual-

quier caso. Penetraos bien de estas frases escritas por san Francisco de Sales:

«Todo monasterio es un hospital de *enfermos espirituales* que desean ser curados, y que para serlo se exponen á padecer la sangría, la lanceta, el escalpelo, el hierro, el fuego y el amargor de toda clase de medicamentos. En los primeros tiempos de la Iglesia se daba á los religiosos un nombre que significaba *curación*; es preciso desealarla cuando entréis en religión, y desentenderse por completo de lo que diga el amor propio en opuesto sentido. Hay que adoptar suave, pero animosamente, esta resolución: *morir ó curarse*; y puesto que no queremos morir espiritualmente, quiero curarme; para curarme, querré sufrir los correctivos y suplicar á los médicos que no me economicen nada de lo que pueda hacerme sufrir, para que llegue á curarme por completo.»

2.º—CON CONSTANCIA

¡No os abandonéis, no os abandonéis! Llegar á ser humilde, paciente, sencilla, modesta, obediente, no es obra de un día.

Trabajando el alma no es como si trabajásemos en un bloque ó mole de mármol, que conserva la forma que le dan los golpes del cincel, sino con un sér viviente, del cual segregamos una porción, y que tiene la propiedad de reproducir casi siempre lo que se le ha segregado.....

Dejad, pues, que se ocupe de vosotras á sus anchas la superiora cuanto tiempo tenga la

caridad de dedicarnos, y no penséis que la totalidad del sufrimiento ó de la molestia os hayan correspondido; hay ocasiones en que la tarea de corregir es también muy penosa. ¿Pensáis acaso que con sangre fría puede humanamente una persona trabajar para aparecer á los ojos de los demás *demasiado severa, injusta, parcial, caprichosa*, cuando tan fácilmente pudiera aparecer rodeada de una aureola de simpatías? ¿Es llano hacer que nos huyan y no que nos busquen? ¿Que nos detesten—pues en ocasiones se llega á ese extremo,—cuando sería tan grato hacerse amar?

¡Ah! Si comprendierais vuestros intereses, iriais á arrojaros á los pies de vuestra superiora para decirle: *¡En el nombre de Jesucristo, tened piedad de mi alma, corregidme, regañadme, castigadme!*

Oid el lenguaje maternal que empleaba con sus hijas espirituales una maestra de novicias, la madre María Ephrem:

«No os ocultaré que hay espinas en el camino; no, hijas mías, quiero que las veáis todas: al principio, no obstante, procuraré hacerlas menos punzantes con la mayor ternura maternal que debo á nuestra flaqueza; más adelante dejaré que os puncen. Ocurrirá asimismo que los guijarros del camino herirán y lastimarán vuestros pies, pero ¿es que no conviene que aprendáis á sufrir algo por Jesús? La fatiga fortifica; tras una lucha enérgica sobreviene de ordinario el abatimiento, pero dura poco; el valor renace más vigoroso en el alma después del combate, y las marchas son menos

penosas.... No digo que á veces no enjугue el sudor que bañe vuestras frentes, ni que no os ayude á marchar. ¡Ah, pobres hijas mías, lo haré así cuantas veces lo reclame el bien de vuestra alma ó sintáis con exceso las amarguras de la vida! ¡Hay en este valle de lágrimas días de dolor y de horrible tristeza!.... Sois jóvenes aún, pero debéis saber que Dios os ha dado una madre, y la hallaréis cuando os hiciere falta. Y más tarde, cuando seáis *profesas*, ¡oh! entonces, hijas mías, Jesús cuidará de todo, y vuestra madre se limitará á pedir os que os dejéis siempre conducir por El, no impidiendo ó contrariando su acción por antojos de vuestra voluntad.»

CAPÍTULO IX

DEVOCIONES DEL NOVIADO

I

Reglas generales.

«Durante el noviciado de las hermanas—dice san Francisco de Sales,—se tratará de fortificar su corazón y de hacerlas devotas, *no con una devoción bonita, tierna ó llorona*, sino con una devoción tan dulce como amorosa, humilde y confiada.»

Muchas novicias son movidas á esa clase de devociones *bonita, tierna ó llorona*, de que habla el venerable Santo, por su educación, su temperamento ó las lecturas que han influido

en su alma. No piensan que la multiplicidad de sensaciones piadosas debilita el ánimo, que los sentimientos de piedad muy exagerados se agotan en breve, sobre todo cuando desaparece la juventud, y que entonces el alma insensible, árida, les hace imaginarse abandonadas por Dios, tórnense murmuradoras, y abandonan aun el rezo de obligación.

No piensan que se singularizan, que se hacen visibles, que dan motivo á ser tentadas por el demonio de la vanidad, que les induce al menosprecio de las demás; que turban la armonía del convento, y no pueden nunca *suavizar su mal humor y sus desviaciones de la caridad de la regla* (1).

(1) «Es preciso—dice san Francisco de Sales,—que la devoción de las religiosas sea firme:

»1.º Para sufrir las tentaciones, que nunca faltan á los que voluntariamente se inclinan al servicio de Dios.

»2.º Para conllevar la variedad de caracteres que, por necesidad, ha de existir en toda comunidad religiosa, que es el mayor esfuerzo que puede imaginarse para los débiles de espíritu.

»3.º Para soportar cada una de nuestras imperfecciones, sin inquietarse por la sujeción á que nos condenan.

»4.º Para combatir esas mismas imperfecciones.

»5.º Para despreciar las palabras y juicios mundanos que no dejan de existir en los institutos religiosos.

»6.º Para vivir libres de afecciones, amistades ó inclinaciones particulares, á fin de no vivir por su impulsión, sino con arreglo á las luces de la verdadera piedad.

»7.º Para mantenerse independiente de las ternuras, dulzuras y consuelos que nos vienen, así de Dios como de las criaturas, para no dejarse reposar en su confianza.

»8.º Para mantener una continuada guerra contra las malas inclinaciones, humores, hábitos, predisposiciones ó propensiones funestas.»